

## INAUGURACIÓN DE LA REUNIÓN INTERAMERICANA DE OBISPOS

*Catedral de La Habana, 14 de febrero de 1999*

Queridos hermanos y hermanas:

*«No he venido a abolir, sino a dar plenitud.»*

Con esta sentencia, Jesús explica su postura ante la Ley de Moisés, venerada y respetada por el pueblo elegido de Dios. En su detallado cumplimiento, los israelitas cifraban sus esperanzas de alcanzar las bendiciones del Señor. Y Jesús reafirma con sus palabras la opinión común de que nadie debe saltarse ni el más mínimo precepto de la antigua Ley, pero introduce un principio de superación de lo antiguo en el orden del ser mejor, del sobrepasamiento de lo escrito en la Ley para hallar su espíritu e ir más allá de su contenido inmediato en nuevas actitudes y formulaciones que comprometen integralmente al hombre. No es saberse de memoria la ley de Dios, es saberla en todo su alcance y profundidad. Debemos, pues, superar la aceptación y el cumplimiento de un texto, para encontrar en él su fuerza inspiradora: *«Si ustedes no son mejores que los letrados y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos».*

Con este emplazamiento de Jesús, que nos concierne tanto a nosotros hoy, como a sus contemporáneos entonces y, teniendo entre las manos el valioso texto de la exhortación apostólica postsinodal del Papa Juan Pablo II *Ecclesia in América*, iniciamos en La Habana esta Reunión Interamericana de Obispos que congrega representativamente a las Iglesias del que fue llamado un día Nuevo Mundo.

Deseo dar mi más cordial bienvenida a todos ustedes, queridos hermanos llegados de todas las regiones de nuestro vasto Continente. Ante todo saludo de manera especial al Emmo. Sr. Cardenal Lucas Moreira Neves, Prefecto de la Congregación para los Obispos, que ha aceptado tan gustosamente la invitación que le hiciera el Consejo Episcopal Latinoamericano para participar en este encuentro. Sr. Cardenal: apreciamos doblemente su presencia: por su trabajo de tan alta responsabilidad y tanta proximidad al Santo Padre al frente de la Congregación para los Obispos y por presidir, además, la Pontificia Comisión para América Latina.

Quiero también, Sr. Cardenal, que sea Usted portador del recuerdo emocionado, agradecido y lleno de afecto de la Iglesia en Cuba y del pueblo cubano al Papa Juan Pablo II, al cumplirse el primer aniversario de su inolvidable visita a nuestro país. Precisamente, para conmemorar ese hecho eligieron los obispos del continente americano como sede de su reunión la ciudad de La Habana y escogieron para su realización una fecha cercana a los días memorables de la estancia del Santo Padre entre nosotros.

Quiero saludarlos también a ustedes, queridos hermanos Cardenales, Arzobispos, Obispos y Sacerdotes de América, presentes aquí para la celebración de este evento junto con todos los obispos de Cuba. En nombre de los obispos cubanos agradezco de corazón esta deferencia suya y su probada comunión con la Iglesia que peregrina en estas tierras. Saludo de manera especial al Sr. Nuncio Apostólico, a las autoridades civiles y a los distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en Cuba.

El peregrinar de la Iglesia se hace siempre en la escucha de la Palabra de Dios y en la fracción del pan, que crea y estrecha la comunión entre todos los seguidores de Jesús.

En este domingo, día del Señor, cuando la Iglesia se reúne para celebrar el triunfo de Cristo sobre el mal y la muerte, la Palabra revelada nos invita, en el Santo Evangelio, al sobrepasamiento de lo mínimo imprescindible, a ir más allá del precepto escueto en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo. Los textos de San Mateo, que contienen la enseñanza exigente de Jesús de cara al trato de amor con nuestros hermanos, a las relaciones conyugales o a la verdad que le debemos a nuestro prójimo, sin subterfugios y sin juramentos, sustentan la estructura de una ética de superación de lo puramente formal, y aún más, de lo mediocre, para aspirar a lo mejor, a lo perfecto. Esa sabiduría superior que emana de la enseñanza de Jesús, al decir de San Pablo en su 1ª Carta a los Corintios, «*no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo*». El Apóstol está persuadido, en la fe, de hablar a la Iglesia «una sabiduría divina, misteriosa, escondida», que Dios nos ha revelado por el Espíritu.

Esclarecidos por esa sabiduría, al modo de Pablo y de los primeros apóstoles, los obispos de América, convocados por el Sucesor de Pedro, nos congregamos en Roma para celebrar un Sínodo, una magna reunión que agrupaba por vez primera en una asamblea de este género a obispos de Norte, Centro, Sur América y el Caribe. Para aquella cita llevábamos en la mente el tema elegido para la Asamblea Sinodal: *Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*.

La exhortación postsinodal del Papa Juan Pablo II, que recibimos en México de manos del Santo Padre a los pies de la Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de América, ha constituido para todos nosotros, obispos del continente americano, una especie de carta magna de cara al próximo siglo y milenio. El gran tema sinodal, ampliamente enriquecido por los obispos participantes, en sus intervenciones en el Sínodo, es retomado magistralmente por el Papa, que puso especial cuidado en no pasar por alto las valiosas aportaciones que hicieron los sucesores de los apóstoles en aquel importante foro eclesial.

La síntesis de la proyección de la Iglesia en nuestro continente hacia el tercer milenio la hace el Santo Padre al titular el capítulo sexto de la exhortación con palabras definitorias y programáticas: «*LA MISIÓN DE LA IGLESIA HOY EN AMÉRICA: LA NUEVA EVANGELIZACIÓN*».

Al proclamar cuál es la tarea de la Iglesia en los inicios del nuevo milenio, Juan Pablo II no excluye todo cuanto ha dicho anteriormente en capítulos precedentes sobre el deber de la Iglesia de promover una cultura de la solidaridad, alentando a los organismos internacionales para que se establezca «*un orden económico en el que no domine solo el criterio del lucro*», sino la búsqueda «*de la promoción integral de los pueblos*». Tampoco deja a un lado el Santo Padre el papel creciente de la doctrina Social de la Iglesia y su petición de que se elabore un «*catecismo de doctrina social católica*».

El Papa sabe que, al decir que la misión de la Iglesia en América es evangelizar, su afirmación incluye todo cuanto tiene que ver con la promoción del hombre en la sociedad; lo que él llamó en su homilía de la Plaza de la Revolución en La Habana: «*el Evangelio Social*», y sabe también que toda evangelización verdadera lleva consigo una lucha contra los pecados sociales que él mismo enumerara en su exhortación: «*el comercio de drogas, la corrupción, el terror de la violencia, el armamentismo, la discriminación racial, etc.*».

¿Cómo podría predicarse el Evangelio, que llama a una actitud nueva del corazón y contiene una ética de sobrepasamiento, sin enfrentar, sanear o transformar esas terribles miserias?

¿Cómo hablar del hombre digno que Jesús diseña en cada frase y en cada gesto, sin hacer un llamado a las conciencias y a las responsabilidades de gobiernos e instituciones para que no se violen los derechos humanos de personas y de grupos sociales?

¿Cómo anunciar a Jesucristo sin «intensificar y ampliar cuanto se hace por los pobres, tratando de llegar al mayor número posible de ellos», si Jesucristo con su vida y su palabra nos invita a un amor preferencial por los pobres?

¿Cómo no levantar la voz en favor de esos desfavorecidos y hacerla oír también en los foros internacionales, si la deuda externa, la corrupción y el armamentismo contribuyen causalmente al empobrecimiento de los pueblos? Y, como es el caso en nuestro país, cuando medidas económicas impuestas desde el exterior, que el Santo Padre calificó en La Habana de «*injustas y éticamente inaceptables*», vienen a agravar las precarias condiciones de vida del pueblo.

¿Cómo podrían no ser luchadores por la vida aquellos que anuncian a Jesucristo, que vino para «*que todos tengan vida y la tengan en abundancia*»? Con el Santo Padre nos sentimos comprometidos en el rechazo de una cultura de muerte que pretende eliminar a los más débiles: a los niños no nacidos, a los ancianos y enfermos incurables; que recurre sin necesidad «a la pena de muerte, cuando otros medios incruentos bastan para defender y proteger la seguridad de las personas contra el agresor».

En su exhortación apostólica, el Papa Juan Pablo II no trató de la Evangelización y «otros temas», sino solo de la evangelización, pues esta debe siempre conducir a la redención integral del hombre.

La evangelización debe llevar al hombre y a la mujer de América a un encuentro con Jesucristo, que el Papa describe como «*el punto de partida y el camino para una auténtica conversión y para una renovada comunión y solidaridad*». Partiendo de Cristo y acompañados por Él debemos construir en América esa comunión con los hermanos y esa solidaridad, capaces de suplantar los enfrentamientos y las indiferencias y conducirnos a la paz. Para ello es requisito imprescindible la conversión, el cambio radical de vida.

También para esto, Jesucristo nos sale al paso, removiendo con su palabra las conciencias dormidas: «*Se dijo a los antiguos no matarás, pero yo les digo más: no debes estar peleado con tu hermano*». Ese «más» de Jesús, que hace dejar atrás lo viejo, el mundo antiguo, para fundar una convivencia nueva, es parte primordial de la buena noticia, del evangelio que tenemos que proclamar como única misión nuestra; única porque es fundante, única porque es abarcadora de todas las preocupaciones por un mundo mejor, única porque cuantos buscan el bien, la verdad y la justicia pueden reconocerse en ella, única porque aquel a quien anunciamos: Jesucristo el Salvador, destruyó en la cruz el mal y el pecado y al resucitar glorioso «*hace todas las cosas nuevas*».

Nuestro Continente, como la humanidad entera solo encontrará el camino de la justicia que dé a cada hombre el puesto digno que le corresponde en la sociedad y a

cada pueblo el sitio merecido en el concierto de las naciones, si cada hombre o mujer, si cada uno de los grupos naturales o formales que componen el entramado social, es capaz de sobrepasarse en el amor, al estilo del que nos muestra en su vida y en sus hechos Jesús de Nazaret. Se requiere el amor que fluye del Evangelio para garantizar la Justicia. Cuando se intenta alcanzar la Justicia sin el amor que Jesús nos propone, nos quedamos por debajo de nuestros propósitos. Dijo José Martí: *«Por el amor se ve, con el amor se ve, el amor es quien ve. Espíritu sin amor no puede ver»*.

En efecto, solo el amor es capaz de trascender en cierto grado lo inmediato, aun si es de apariencia caótica, despiadada o cruel, como puede ser la realidad económica y social de amplios sectores de hombres y mujeres en nuestro continente, afectados por la miseria material o espiritual al norte y al sur del Ecuador. Solo el amor es capaz de barruntar soluciones, de estructurar proyectos que nos comprometan a dar algo de lo nuestro y, aún más, a darnos a nosotros mismos.

El aliento del amor cristiano falta en los fríos cálculos de algunas doctrinas neoliberales que dejan al pobre expuesto a la tiranía del mercado y del dinero. El aliento del amor cristiano ha faltado en no pocas de las teologías liberacionistas surgidas en nuestra América. Ha faltado también el aliento del amor en las ideologías, sean de signo individualista o colectivista, que desde los albores del siglo pasado y durante este siglo han influido en la historia de hombres y pueblos.

Es cierto que no ha estado ausente el amor de los corazones de muchos hombres y mujeres que han procurado el bien de la humanidad según los postulados de esas ideologías. Pero el amor al prójimo, al modo que nos lo enseña Jesús, no ha estado lamentablemente en el programa de esas ideologías.

En su homilía de la Plaza de la Revolución en La Habana, el Papa Juan Pablo II afirmó con convicción: *«Para muchos de los sistemas políticos y económicos hoy vigentes, el mayor desafío sigue siendo el conjugar libertad y justicia social, libertad y solidaridad, sin que ninguna quede relegada a un plano inferior»*.

Solo el amor puede lograr esa imprescindible armonía que el Papa reclama. Poner en evidencia ese amor, eso es evangelizar. Esa es la misión de la Iglesia en América. El amor es el alma de nuestro programa para el siglo y el milenio que comienza.

Desde el amor y por amor procurar la justicia, desde el amor y por amor esbozar propuestas, desde el amor y por amor hallar la actitud y las palabras proféticas que convienen a situaciones inhumanas o injustas sin el recurso a la violencia ni en las palabras ni en los gestos o acciones.

El amor debe movernos a actuar en el orden del bien de las personas y de la sociedad y aun a hacer que nuestra reacción ante el mal personal o estructural se exprese también en clave de reconocible amor cristiano.

Ante un mundo cansado de reivindicaciones justicieras, todos los que formamos la Iglesia, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, debemos procurar la verdadera justicia solo desde el amor y por amor.

Tenemos que hablar y actuar de tal modo que nuestros hechos, palabras o actitudes, aun si pueden suscitar rechazo o escándalo en las personas, en las organizaciones sociales, en los centros de poder económico o en medios políticos, sean expresión de la misericordia, el perdón, la reconciliación, la compasión, la

entrega o el sacrificio. Ese es el escándalo de la Cruz de Cristo que ha llevado hasta el martirio a muchos de sus seguidores. Ese es el único escándalo tolerable a los seguidores de Jesús. Así debe acreditarse la Iglesia ante cada hombre y mujer del continente, que hallarán en ella el lugar de encuentro con Cristo, presente desde hace quinientos años en nuestra historia, aquel que no ha venido a abolir nada de cuanto es bueno y nos es propio, sino a dar plenitud.

Preservando la riqueza de nuestras diversas tradiciones y culturas, la nueva evangelización debe propiciar el encuentro con Jesucristo vivo. Solo Él puede dar a los pueblos de América la plenitud que tanto ansían, especialmente los pobres, los que se sienten solos o aislados, marginados, discriminados o excluidos en un mundo donde poco a poco se instala una cultura de muerte o de vida-para-unos-pocos. Pienso ahora en los pueblos indígenas de América, en los habitantes de nuestro continente de origen africano, en los que emigran del sur del continente al norte, buscando mejores condiciones de vida. Para todos ellos debe existir la maravillosa oportunidad de un encuentro con Cristo que libere sus corazones de angustias y temores. Pero, además, el encuentro de todo hombre o mujer de América con Jesucristo no puede darse verdaderamente si se pasa por alto la situación de esos hermanos nuestros dondequiera que se hallen.

Estas son las preocupaciones pastorales que los obispos de América llevaron al Sínodo y que el Papa Juan Pablo II ha recogido y enriquecido admirablemente en su exhortación postsinodal. En nuestra reunión de estos días, el documento pontificio, que agradecemos vivamente al Santo Padre, iluminará nuestra reflexión sobre las grandes líneas pastorales de la Iglesia en América para el nuevo milenio que se inicia.

Al invocar la protección de la Virgen María sobre nuestra reunión y sobre la Iglesia en nuestro Continente, cito textualmente las palabras del Papa en la exhortación apostólica *«Ecclesia in América»*: *«¿Cómo no poner de relieve el papel que la Virgen tiene respecto a la Iglesia peregrina en América, en camino al encuentro del Señor? En efecto, la Santísima Virgen, de manera especial, está ligada al nacimiento de la Iglesia en la historia de los pueblos de América, que por María llegaron al encuentro con el Señor»*.

La aparición de María de Guadalupe al indio Juan Diego en la colina del Tepeyac tuvo un influjo decisivo en la evangelización de México, que alcanzó a todo el continente.

La aparición de la Virgen María de la Caridad en la Bahía de Nipe en Cuba ha hecho de la bendita Madre de Dios la estrella de la evangelización de nuestra Patria.

A la Madre de los mil títulos, que son fruto del amor de sus hijos, a María de Guadalupe y de la Caridad, confiamos nuestros trabajos, a Ella pedimos que lleve a todos los pueblos de América al encuentro con Jesucristo su hijo que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.